AÑO IX - No. 370

EL DIA

MONTEVIDEO
FEBRERO 11 DE 1940



Dr. PEDRO VISCA. Dibujo de Buscasso.

VIDA HERMOSA Y EJEMPLAR DE PEDRO VISCA

RAIZ ALDEANA —

—"**PE** in terra, e viñi quí".
Maneó la seca y dura voz los dos caballos.

Uno de los jinetes contestó:

—"Soy el general Oribe".

Levantando el arma larga a la altura de la cara, repitió el hombre, amenazadoramente ya, la orden.

Intervino recién el otro jinete, con voz alterada:

—"Es el italiano Bartolo, general. Bajesé".

Un oficial subalterno, Basterrica, era quien aconsejaba casi con rudeza, al jefe de las líneas sitiadoras.

El mismo Oribe había dispuesto desde el principio de la guerra, ese patrullamiento vecinal en los contornos del Cerrito. La consigna frente a un jinete, era darle el **alto**, hacerlo desmontar, ordenándole avanzar hasta el reconocimiento.

Junto al camino de los Propios estaba esa tardecita, ya con las sombras encima, el chacarero Bartolo. Había llovido y el barro estaba fresco.

Desmontaron los jinetes avanzando hasta el centinela. Este acercó su farol a la cara pálida de uno de ellos y lo reconoció. Inmediatamente, pero sin confusión, hizo el saludo correspondiente.

El general tomó entre sus flacos dedos el aro de oro que adornaba el lóbulo de la oreja del voluntario, y dejó caer estas palabras:

—"¡Gringo lindo!..."

Lo había visto antes de este episodio. Apenas instalado el Sitio, el italiano don Bartolo tuvo la valentía temeraria de reclamarle con airada voz sus dos bueyes aradores, arriados con otros hasta el saladero de Legris, donde se efectuaba la matanza para el ejército.

¿Qué fuerza moral debía poseer este genovés nacido en el poblado de Vade en medio de las invasiones napoleónicas, para intentar ese paso frente a quien sentía una rara y conocida adversión a los gringos? Era fuerte la mirada del rústico. Transparentaba inteligencia vivaz y recio carácter.

Lo había oído sin cólera el general Oribe. Conversó con él. Le devolvió los bueyes.

Ahora, pasados los años, en esa misma falda del Cerrito, lo palmeaba, contento por esa vigilancia de lobo que no se detenía ni ante la voz del Señor, porque la oscuridad no le distinguía la cara, y podía engañarse.

Había llegado a Montevideo el año 38.

Entre el Cerrito y el caserío del Cardal, muy pocas poblaciones en esa época: el saladero de Fariña, las casas de Juan Hita en el campo de los Olivos, y ese caserón del barón de Barrau, ahora de don Juan Vidal, que sería más tarde senador de la República. En ese caserón vivía el genovés de nuestro relato histórico. Un gran patio de ladrillo, enmarcado por catorce piezas enormes, de tirantes de urunday y de palma; fuertes puertas y ventanas enrejadas; profusión de azulejos; artística herrería; un portalón de medio punto. Y un mirador.

En ese mirador, y en la madrugada del 8 de febrero de 1840, el gringo Bartolo recibió un hijo nuevo.

Ese hijo, era Pedro Visca.

DIALOGOS BUCOLICOS —

En la placita de la Unión aprendió el niño Pedro su latín, junto a los arbolitos recién plantados. No consiguió la madre inclinarlo a los estudios eclesiásticos. Unos balbuceos y abandonó las disciplinas.

En Heráclito había hallado palabras que no olvidaría fácilmente: "la medicina realiza la expresión más alta de la vida". Debía recordarlas cuando el hombre rudo que era su padre, endurecido por las nevadas, y agotadoras tareas de leñador y cazador furtivo en los montes de la Liguria, le dictaba en su dialecto su deseo: "médico, pero sobre todo cirujano".

El muchacho ocultaba su firme designio: sería médico, y llegaría al más lejano y alto límite del conocimiento.

En la plaza de nuestro pueblo aprendió Visca en la adolescencia, a recrearse en la conversación, placer estético que siempre antepondría a cualquier otro ejercicio del espíritu. Se aislaba con un pequeño grupo de compañeros, y junto al estanque central rodeado entonces por islotes de cedrón y de menta, teniendo frente a sus ojos los altos muros del Colegio y la Iglesia, conversaba. Sabía gustar un buen libro. Pero lo excitaba el diálogo con camaradas de inteligencia despierta. Distinguía entre todos a Juan Angel Golfarini y a Agustín de Vedia. Azuzábalos el buen maestro, previendo que del choque de esas ideas en remolino, habrían de surgir rápidas y certeras las contradicciones, sin ofensa, en ese grupo selecto, que se vigorizaba, ejercitándose. Cuando retornaban al Colegio, cumplido el pequeño recreo, el bueno de don Juan Manuel Bonifaz se frotaba las manos. Tal vez soñaba, frente a sus muchachos, en un resurgimiento de las antiguas academias apolonidas. Al más díscolo de los cinco inseparables, Fortunato, hijo del coronel Flores, el maestro español, que solía hacer sus viajes del brazo de Montaigne, pudo apaciguar cierta vez con estas palabras del galo: "ten tu atención despierta, no tu cólera".

Esas conversaciones fueron fortaleciendo al adolescente que ya apuntaba como un espíritu vigoroso. No separó la Universidad al grupo del Colegio. Ahora dirigía sus estudios un canónigo español que se deleitaba con el espectáculo de esos muchachos que parecían estar siempre en pie de guerra. Una tarde oyó a Visca defender un principio, y rendirse al fin bajo la certera argumentación de Martín Berinduague. Con emoción le tendió la mano el padre Magesté, que ese era el nuevo maestro, profundo conocedor, él también, de los clásicos. Era "un triunfo alcanzado sobre sí mismo, ese que le permitía inclinarse ante el raciocinio de su adversario, triunfo que debía dejarlo más satisfecho que si lo hubiera obtenido sobre su flojedad".

LA BATALLA —

Ya es bachiller el joven Visca. Tiene veinte años, y con el espíritu vuelto a las ciencias, sueña con vencer al mar que lo separa de su ensueño. En treinta años de vida libre con que cuenta el país, han corrido casi otros tantos de guerras civiles. No ha habido tiempo en ellos de levantar una Facultad. Presenta una solicitud al gobierno de Berro. Hijo de padres humildes, necesita la ayuda del Estado. Pretende una beca en París. El Parlamento la discute... casi dos años. Los emplea Visca dando lecciones particulares en la Unión, para atender sus modestísimas necesidades: cigarros, libros, caballo. El petitorio parece ser bien recibido por los legisladores. Es cosa seria: "a estudiar medicina, ciencias naturales, y especialmente la mineralogía". Pero el senador Vásquez desconfía. ¿Sería en realidad la mineralogía lo que "arrastraba a ese joven inexperto a los riesgos de la famosa Capital?" —Naufragaba la beca, cuando el padre Magesté, por intermedio del senador por Durazno, el canónigo don Juan José Brid, consigue salvarla: sesenta pesos fuertes mensuales durante el término de seis años. Se imputó esa pensión defendida tan briosamente por dos sacerdotes, a la partida presupuesta en la Ley vigente, "para la educación de seminaristas en Europa".

Así pudo matricularse Visca en la Facultad de París, en los cursos de 1862. Cuando la bacilosis segó a Luis Maturana, becado de pintura, se elevó la pensión de nuestro estudiante de medicina en veinte pesos.

Pero en 1863 dejó de percibirla. La revolución florista hizo imposible el envío de la partida a Europa. Las penurias, a pesar del aporte paterno, fueron hondas. Terminaron con la victoria de Flores, quien ordenó el pago de las mensualidades atrasadas. Contaba Visca más tarde como se había imaginado el clamor de Vásquez y la contricción de Brid y Magesté, si les hubiera sido posible contemplar el festejo babilónico por la llegada del rubro mágico: una pequeña rueda íntima, en la casita de la calle del Sena número 91, con champagne, cigarros, y nocturnas mariposas de París...

PARIS DE FRANCIA —

No era una casita de lo que disponía Visca en el barrio Latino, sino de un cuarto. Lo compartía con un compañero de clínica, cuyo nombre era perfectamente oscuro entonces: Jorge Dieulafoy.

Visca llegó a París cuando se gestaba la era pre-pasteuriana. Nunca dispuso su Facultad de una pléyade tan extraordinaria de profesores. Fueron sus maestros y compañeros Broca, Brouardel, Charcot, Hayem, Dejerine, Pozzi, Dieulafoy, Duplay, Bron Sequard, German See orgulloso más tarde de su título de médico de Víctor Hugo.

Algunos de ellos asistieron al triunfo de Visca, la obtención del Internado, entre 600 concursantes vencidos casi todos por ese americano de Montevideo, que entre severo y sonriente, se atrevía a exponer ante el tribunal examinador, su opinión de que entre las causas de contraindicación a la traqueotomía... en la mujer, podía caber una nueva, no registrada todavía, y cuya paternidad reclamaba. Esa causa provenía... de razones de estética.

Su profesor de clínica médica ahondó en Visca su devoción por el buen decir. Pertenecía, en efecto, Jaccoud, a ese clan de profesores a los que englobaba Bianchón entre los que hablan **demasiado bien.** No fué superado su talento oratorio. Narraba más tarde Visca, ya en Montevideo, la maravilla de sus lecciones. Parecía construído especialmente para él ese anfiteatro con balcón en forma de púlpito, desde el cual deslumbraba en su clínica de la Piedad, a los estudiantes enmudecidos.



Visca bachiller. Montevideo, 8 de febrero 1861.

Resaltaban en su figura correctísima, el tinte mate, el caído bigote gris, las blancas patillas de moscovita. Como si fuera un sermón, derramaba Jaccoud su ciencia, ya que él mismo era casi un predicador, en medio de los avances y retrocesos de su cuerpo alto y flaco, y de sus distintas inflexiones de voz, exageradamente grave a veces, como si quisiera recordar su gris mocedad, defendiendo a sus padres viejos desde su banqueta de violón de la Opera Cómica...

Dejó Visca la Europa en 1871. Pudo no volver. Tuvo amigos políticos cuya honrosa camaradería lo expusieron a un corto paseo hasta el muro de ejecución. Uno era Gambetta, que llevando siempre junto a sí a Lannelongue, arrojaba el hachón de su palabra en medio de la emoción de las multitudes. Otro era Clemenceau, que en la época de la Comuna, apenas si era un mongol de treinta años que había llegado a alcalde del 18 distrito...

EL GENERAL —

En medio de la patriada de Aparicio llegó a Montevideo el nuevo médico de la Facultad de París a la que acababa de presentar su Tesis. Abrió su consultorio en la calle Yi 211 frente a la vieja quinta de Montero. La más distinguida clientela de la ciudad se hizo cargo desde entonces de sus horas de la tarde, mientras el pobrerío disponía de sus mañanas en la sala Larrañaga del Hospital de Caridad.

Ya que no lo alcanzamos, hemos tratado de conocerlo a través de los recuerdos de quienes se formaron a su lado. Confrontando opiniones, discriminando a conciencia, podemos presentarlo como fué en realidad, y no como lo pinta la leyenda que ya ha comenzado a envolverlo.

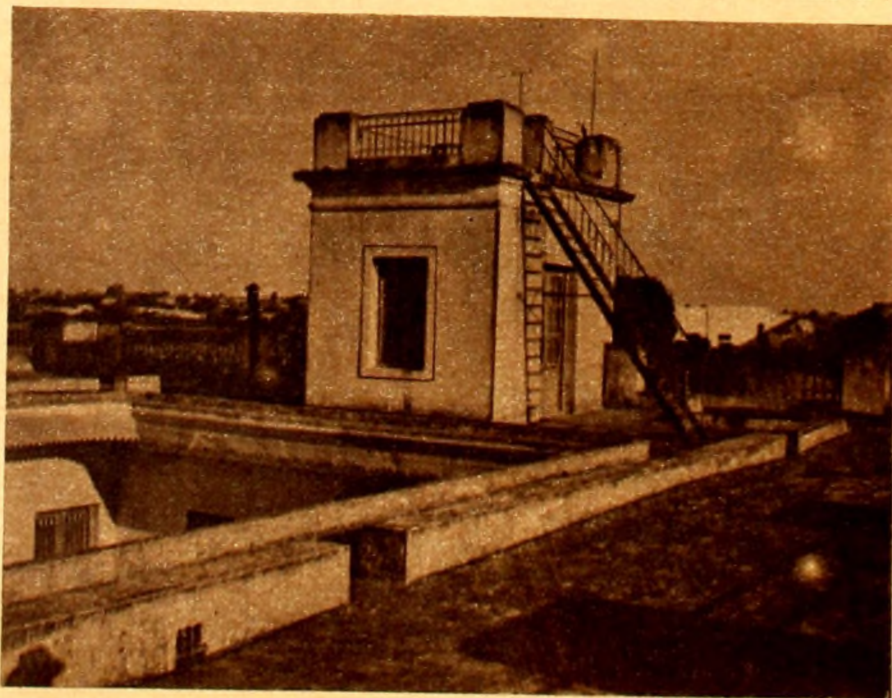
Fué una novedad ambiental la división de los enfermos en su sala hospitalaria. Cada estudiante disponía de tres o cuatro a los cuales examinaba a fondo. Cuando el profesor solicitaba a uno de ellos la presentación de **su** caso, el alumno sabía que acababa de sonar la hora de la batalla.

Leía pues la **historia**, y edificaba su diagnóstico. Cuando había concluído, el profesor que tenía dividida la clínica en tres categorías de externos, lanzaba sobre su silencio el primer grupo de combatientes, lo que él había bautizado con el nombre de **infantería.** A base de objeciones eran las descargas. Se defendía el alumno. Cargaba entonces la **caballería.** Gente más diestra, más adelantada. La artillería entraba por fin al campo. Alumnos de último año servían las piezas.

Se agotaba así el tema. La clase, que había presenciado la presentación de una tifoidea o de una neumonia, en medio de un combate tan hondo como leal, podía retirarse con la mañana ya ganada.

No lo hacía. Faltaba la palabra del General. Tenía un anfiteatro entonces la sala Larrañaga. Desde él disertaba Visca, terminando el entrevero verbal. Era inalterable la sobria elegancia del profesor. No se había oído el grito de Crispín: "antes te quiten la piel que un buen vestido". A Visca se la arrancaran antes que su pantalón a rayas, su levita, su sombrero de copa, su bastón de ébano con puño de oro; sus guantes grises. Dieulafoy confiaba más en sus ojos magnéticos y en su romántica cabellera enrulada, y se presentaba a dictar su clase en el Hospital de San Antonio envuelto siempre en su peluda capa de boyardo.

Desde su sitial, junto al Estado Mayor —sus mariscales, porque esos ayudantes se llamaban Morquio, Ricaldoni y Figari, — juzgaba el combate disputado sobre un terreno tan pequeño, que cabía en él nada más que la sombra de un hombre. Pero a la salvación de esa sombra convergían los esfuerzos de todo el ejército, citado para un



Mirador de la quinta de Durán, Valladolid entre Propios e Industria, donde nació Visca el 8 de febrero 1840. Estado actual.

combate tan singular entablado a la muerte.

Lo que Visca extraía a su conocimiento, a su experiencia clínica, a su talento ingénito, frente al caso que le presentaban, sólo quienes fueron sus discípulos podrán juzgarlo. Era un gran cerebro, y lo que es mejor, un cerebro perfectamente equilibrado.

Terminada la lección clínica, los alumnos ganaban el corredor, y esperaban. Faltaba algo. Era el regalo, la charla diaria, magnífica, más interesante a veces que la misma lección que acababa de dictar en la cátedra. Hablaba de historia y de política, de París en el que secretamente hubiera deseado morir; de sus viajes y sus lecturas, de la filosofía tan en boga entonces, y que lo llevaba siempre a una cerrada y oscura, síntesis: la historia de la tierra no es más que la historia del dolor humano.

Era numeroso el grupo que rodeaba al Maestro. No se disgregaba lentamente nunca, sino que, como si la reunión hubiera sido una bandada de pájaros picoteando en la huerta, se dispersaba bruscamente, a una señal, como a un tiro de escopeta. La señal, era Visca levantándose de su asiento para retirarse.

Caminador infatigable, a pie llegaba siempre hasta su casa. No solo. Tomaba del brazo a un amigo y lo **acompañaba** hasta la suya. Manuel Quintela vivió un tiempo en la Plaza Libertad. Visca lo dejaba en su puerta. Se les veía a menudo, separados por alguna distancia, Quintela sonriente y con la cabeza baja, Visca junto al cordón de la vereda, abstraído a pesar de la compañía y de la charla, tal vez con el alma en su Francia lejana, mientras la aldea de entonces lo miraba pasar respetuosamente, encontrándolo hermoso en su fealdad, por esa sensación de confianza que esparcía a su alrededor por el solo acto de su presencia.



El profesor Visca en 1895.

Cuando la charla de Visca desde su banco del corredor se prolongaba, solía ocurrir que entraban por él un enfermo nuevo, y entonces el profesor se entregaba a una disciplina extraña. La de los diagnósticos fulminantes.

Con enorme sorpresa de los muchachos de tercer año, Visca **miraba** al recién llegado y aseguraba: "Es un aórtico". Otras veces: "Es un cirrótico de Laennec". Hacía un culto de la observación. Decía que la **facies** hablaba.

A estos diagnósticos el vulgo los coloca al amparo del **ojo clínico.** No son otra cosa que el producto lógico de un enorme ejercicio profesional.

Examinaba luego esos casos, y la clínica confirmaba entonces sus **adivinaciones.** Pero él se reía de los médicos taumaturgos, siempre humorista, sobre todo en la rueda íntima, junto a la taza de café, fumando hasta la colilla sus famosos cigarros de hoja —a los que no mordía la punta, como lo hacía aquel otro enorme fumador que fué José Pedro Ramírez — cigarros cuyo humo no tragaba, pero que consumía para neutralizar el efecto del café, así como abusada del café para neutralizar el efecto de la nicotina...

Cuando apareció Soca, hubo un choque entre las dos escuelas, la antigua representada por Visca, y la novísima encabezada por el talento de ese hombre, salido del campo como el otro, y que nos llegaba ahora de Europa con justa fama de raro y sabio.

Ese choque no fué visible. Pero lo sufrió el compañero de Dieulafoy.

Cuando Soca, examinador de un alumno que egresaba, fuertemente impresionado por la prueba rendida se inclinó hacia Visca interrogándolo:

—"Este alumno ha estudiado en París?"

Todo el orgullo de Visca, su sano orgullo, asomó en la casi triste sonrisa:

—"No, doctor Soca. Ha estudiado conmigo en Montevideo".

El examen de ese alumno — Juan Francisco Canessa — debió de limpiar de amargura el alma de Pedro Visca, si es que el choque de las dos tendencias, como lo creemos, había caído sobre su sensibilidad, lastimándola.

☼

Venía a menudo a la Unión, traído en consulta por los colegas. Había nacido en nuestro pueblo, pasado aquí su escuela, terminado en el Pasteur de hoy su bachillerato.

Recuérdese la ambición de su padre:

—"Eh ben: tu guevai pe studiá, e ninte de andá a perde u tempu; tu grevai pé turná in bun uperadú..."

Y como el hijo se defendiera, prometiendo volver médico, pero ya temeroso de cometer un grueso error como principiante, exponer una vida, hasta matar a un hombre por un tajo mal dado, el ligur forjado en el odio a Francia invasora:

"¡Má che t'importa **la vida** d'un franceise, o de vinti; l'storia alé imparasse ben l'ufició: u resto son titte musel..."

Y el primer cargo público que el país confió al doctor Visca, tenía que ser, como una paradoja, el de Cirujano Mayor del Ejército... A Visca, que en toda su vida profesional no operó nunca ni ayudó siquiera en ninguna intervención sangrienta.

No había defraudado al padre, sin embargo. Con Pean y con Lucas Championniere se había hecho cirujano. Abandonó la senda roja sin saber por qué. Pero la abandonó. En Francia, por lo menos, la ciencia del operador era un baldón entonces. El monopolio de la talla y de la cirugía de huesos, estaba en manos de los barberos. Tiempo pasado, del que en la ciudad y las sierras... todavía quedan resabios.

☼

Sobre el desinterés de Visca un solo dato: dejó como herencia... mil metros de tierra en Belveder. No hizo clientela por consideración a sus colegas que habían sido sus discípulos. Ni lució chapa en la puerta de su consultorio. Vivió de su sueldo y de las consultas. Así eran los profesores de Francia, y él era eso. Un profesor del siglo de oro, no solamente por ese desinterés ilimitado, su franqueza que lo llevaba a confesar casi voluptuosamente sus errores, la arista infantil, siempre despierta en su espíritu, y que no se mantiene viva sino en los hombres superiores, sino también, y ésto puede parecer superficial, en su porte, que Visca conservó inalterable desde su llegada de Europa. En profesor se mantuvo, pero sobre todo en hombre que no desciende de su simplicidad elevada, porque es desde la cual comprende mejor, y contempla y consuela el sagrado dolor humano.

A medida que iba avanzando en edad ganaba en tolerancia. Ya no lo molestaba que lo llamaran para los moribundos, casi **en sacerdote.** Cada vez se desnudaba más entre los íntimos, como si esas revelaciones ya conocidas, se transformaran al pasar por su palabra, en un silicio que creía merecer. (Recordaba su terror por la difteria. La diagnosticaba con los ojos, casi sin cuchara, alejado, y cuando examinaba un sospechoso colocaba su mano enguantada por sobre la espalda cubierta, y percutía con el bastón...).

Hablaba a menudo de estas pequeñas grandes cosas, en su salón lleno de humo de la calle Juncal, en la que empezaba a hacer, desde julio, sus **tres meses de Paraguay,** que consistían en un tranquilo reposar en la cama, bien apretada a la cintura la faja de franela.

Así fué adentrándose Visca en la vejez, que en él había de ser tan digna, tan alta.

LA NODRIZA Y LA MUERTE. —

Es posible que, en cuanto a la localización en el tiempo, la afirmación de Conrad sea exagerada.

"Todo hombre — escribía — percibe ante sí una línea de sombra, y la atraviesa con un extremecimiento". Colocaba en la cuarentena la temible señal, mientras Maurois que cree en su embrujo, la estira piadosamente hasta el medio siglo. Detrás de ella, la juventud. ¿Cómo no abandonar sin una crisis de desesperación, por breve que sea, el don precioso? El hombre podrá sentirla, y la siente, pero por lo menos en los tiempos actuales, ese escalofrío de angustia pasa desapercibido. La crisis será más o menos dolorosa, según la sensibilidad del viajero. Más de una vez hemos preguntado la edad, para anotarla en la ficha, a un hombre que nos había parecido fino de alma. En el brillo de la mirada hemos creído sorprender con pena, como relacionaba su aproximación a la línea de sombra con la esperada jubilación que le traerá el descanso. Para el hombre de espíritu, la sola pregunta es una tortura. Stendhal dejó esta nota en un rincón de página, la mañana en que pensó por ver primera en la inminencia de su encuentro con la cincuentena: "Esta es la lista de las mujeres que yo he amado". Todo hombre puede anotar como él, sus ilusiones desvanecidas. Si se desespera al hacerlo, es que ese hombre empieza a envejecer mal.

No fué ese el caso de Visca. Pocos alcanzan su digna y pura ancianidad. Si percibió el escalofrío de su línea de sombra, debió apartarlo de sí, sabio hasta el extremo simple de comprender que debía conservar un resto de esperanza, para no caer en la soledad, por el camino poco elegante de una vejez indelicada. No pudo ser un solitario porque no conocía el egoismo ni la avaricia espiritual, y vigilaba celosamente los defectos a que su edad podía arrastrarlo, a él que había sido un joven triunfador, y estaba destinado a seguir siéndolo, ya que su ciudad asistía en medio del austero declive de su vida, a ese fenómeno rara veces percibido, de una total y absoluta confianza colectiva, emanada de su espíritu nobilísimo.



Casa de la calle Juncal 77 — hoy 1483 —donde vivió Visca los últimos 30 años. — En ella murió en 20 de mayo 1912.

Visca envejeció con la sensación de estar en un oasis, y no en una extensión ilimitada y ardorosa. No le fué posible pensar en la muerte para temerla. Había rechazado en 1908 un homenaje nacional surgido del cuerpo médico de Montevideo. La edad, las arterias en declinación, el corazón en derrota, no permiten soportar sin un fuerte y peligroso choque emocional, ese último matiz de solidaridad que se empeña en rodearnos. Y fingiendo un temor que no sentía, recordaba a don Cipriano Miró, a don Plácido Ellauri, a don Tomás Gomensoro, desaparecidos casi con la apoteosis.

En la noche del 19 al 20 de mayo de 1912 mantuvo como siempre su tertulia en la casa de la calle del Juncal, con el arquitecto Guidini, el doctor Jacinto de León, y su yerno don Arturo Visca. Para ilustrar al extranjero, el dueño de casa incursionó en nuestra historia. Desfilaron el Sitio Grande, la aventura de Timoteo Aparicio, todo el espíritu belicoso de la raza.

A las 12 y 30 dijo:

"A cambiar de conversación. Dejemos el pasado. Vamos a hablar del porvenir".

De ese porvenir del que disponía tan sin temores, sólo quedaban en el viejo reloj de cuco... sesenta minutos. A la una y media de la madrugada, el doctor Visca cayó fulminado por una bulborragia.

Hasta el fin, ese griego que supo disfrutar de una vejez **antigua,** había rendido culto a la conversación. Estamos seguros que si su ángel le hubiese hecho una imperceptible señal por encima del hombro, no se habría asombrado, ni hubiera permitido a la congoja filtrarse hasta su corazón. De la última noche que le perteneció sobre la tierra, puede decirse lo que Wells recordó en un festejo muy inglés que se le tributó a los 70 años, de que ese acto sencillo le traía a la memoria el golpecito de la nodriza con el filo del ángelus:

"Ya es hora de ir a acostarse, señorito Henry".

Recordaba Wells su protesta y su casi inmediata resignación: el sueño llegaba luego y el lecho le brindaba "un descanso muy deseado". Y el comentarista constata con pena, que la muerte no pasa de ser una nodriza afectuosa y severa.

Llegada la hora de Visca, se le acercó, como la del inglés, a decirle con una suave voz:

"Señorito Pedro, ya es hora de ir a dormir".

Y el señorito Pedro, sin protestas, se durmió, bruscamente...

M. Ferdinand PONTAC.

FACULTÉ DE MÉDECINE DE PARIS.

FEUILLE D'INSCRIPTIONS.

M. Visca Pedro Francisco [illegible]

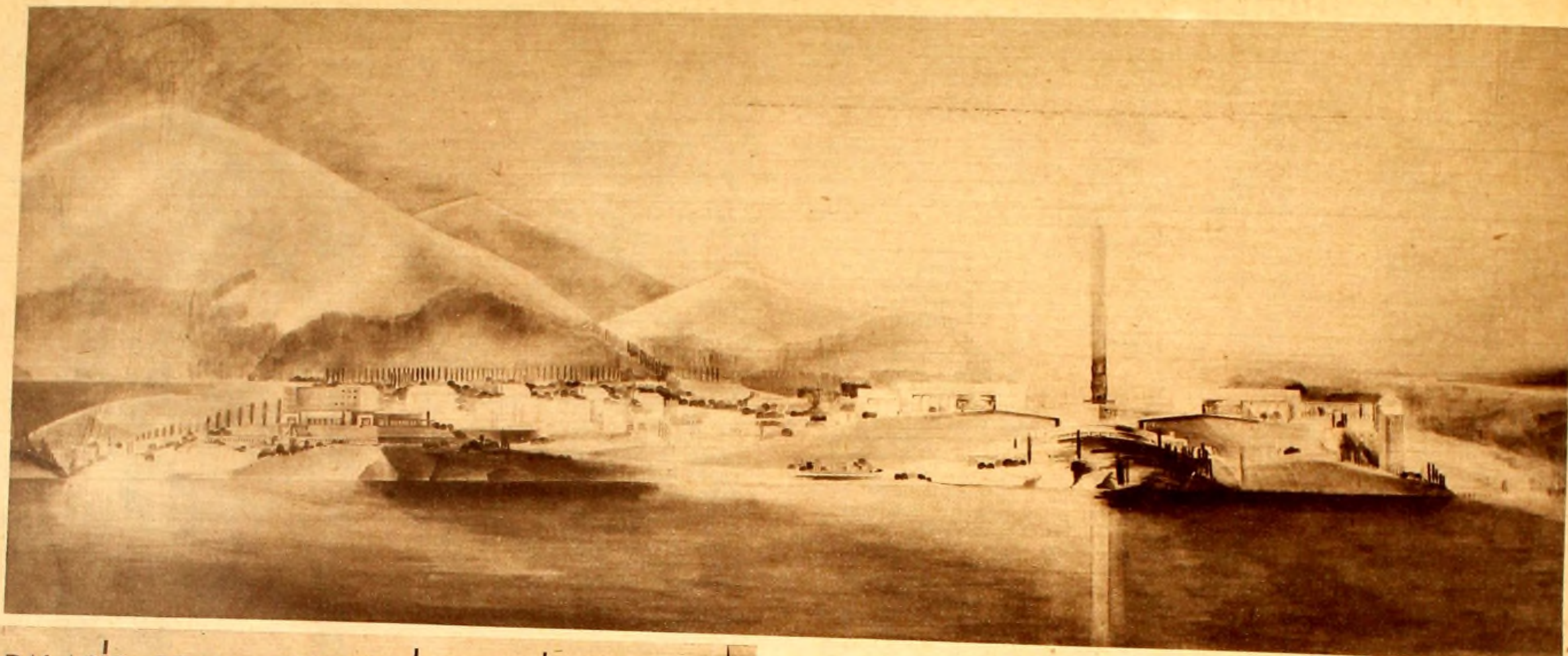
né le 8 février 1840 à Montevideo Républ. Uruguay

a pris ses Inscriptions dans l'ordre suivant:

(L'Élève doit toujours avoir cette feuille sur lui, surtout lorsqu'il se présente au Secrétariat.)

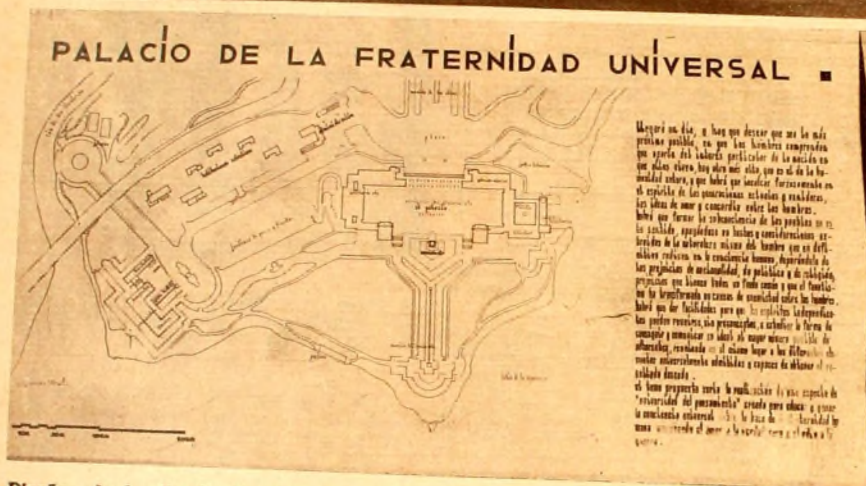
			Nos de paiement.	Nos de la validation.
An 1862 Deux	Trimestre,	1re Inscription, N°	9986.	
An [illegible] Janvier	Trimestre,	2e Inscription, N°		706

Facsímil de la inscripción de Visca en los cursos de 1862, en la F. de M. de P.



Vista general del proyecto.

EL GRAN PREMIO DE ARQUITECTURA: "PALACIO DE LA FRATERNIDAD UNIVERSAL"



Diseños de la distribución de elementos, y descripción del tema propuesto.

El concurso organizado en la Facultad de Arquitectura para optar a la beca del Gran Premio ha recaído en un inteligente colaborador de nuestro suplemento, arquitecto señor Guillermo Jones Odriozola, cuyas publicaciones en estas páginas llamaron justamente la atención.

El jurado ha estado formado por los arquitectos señores: Armando Acosta y Lara, José P. Carré, Daniel Rocco, Rodolfo L. Vigoroux, Juan A. Rius, Alfredo R. Campos, Rafael Ruano y Rosendo Quinteiro, y el tema que los aspirantes debían desarrollar era, conforme al programa, denominado "Palacio de la Fraternidad Universal", recayendo la elección por unanimidad en el trabajo de Jones Odriozola, lo que le da derecho a la beca del Gran Premio.

El tema y el espíritu del Gran Premio fueron elaborados por el profesor de los dos últimos años, arquitecto señor José P. Carré, y fué redactado así:

—Llegará un día, y hay que esperar que sea lo más pronto posible, en que los hombres comprendan que, aparte del interés particular de la Nación en que ellos viven, hay otro más alto que es el de la Humanidad entera, ya que habrá que inculcar forzosamente en el espíritu de las generaciones actuales y venideras, las ideas de amor y concordia entre los hombres. Habrá que formar la subconciencia de los pueblos en ese sentido, apoyándose en hechos y consideraciones traídos de la naturaleza misma del hombre, que en definitiva radican en la conciencia humana, depurándola de los prejuicios de nacionalidad, de política, y de religión, prejuicios que tienen todos un fondo común y que el fanatismo ha transformado en causas de enemistad entre los hombres.

Habrá que dar facilidades para que los espíritus independientes puedan reunirse sin preconceptos y estudiar la forma de cumplir y comunicar su ideal al mayor número posible de adherentes, reuniendo en el mismo lugar a los diferentes elementos universalmente admitidos y capaces de obtener el resultado deseado.

El tema propuesto sería la realización de esa especie de Universidad del Pensamiento creada para educar y ganar la conciencia universal sobre la base de la fraternidad humana, enseñando el amor a la verdad pura y el odio a la guerra.

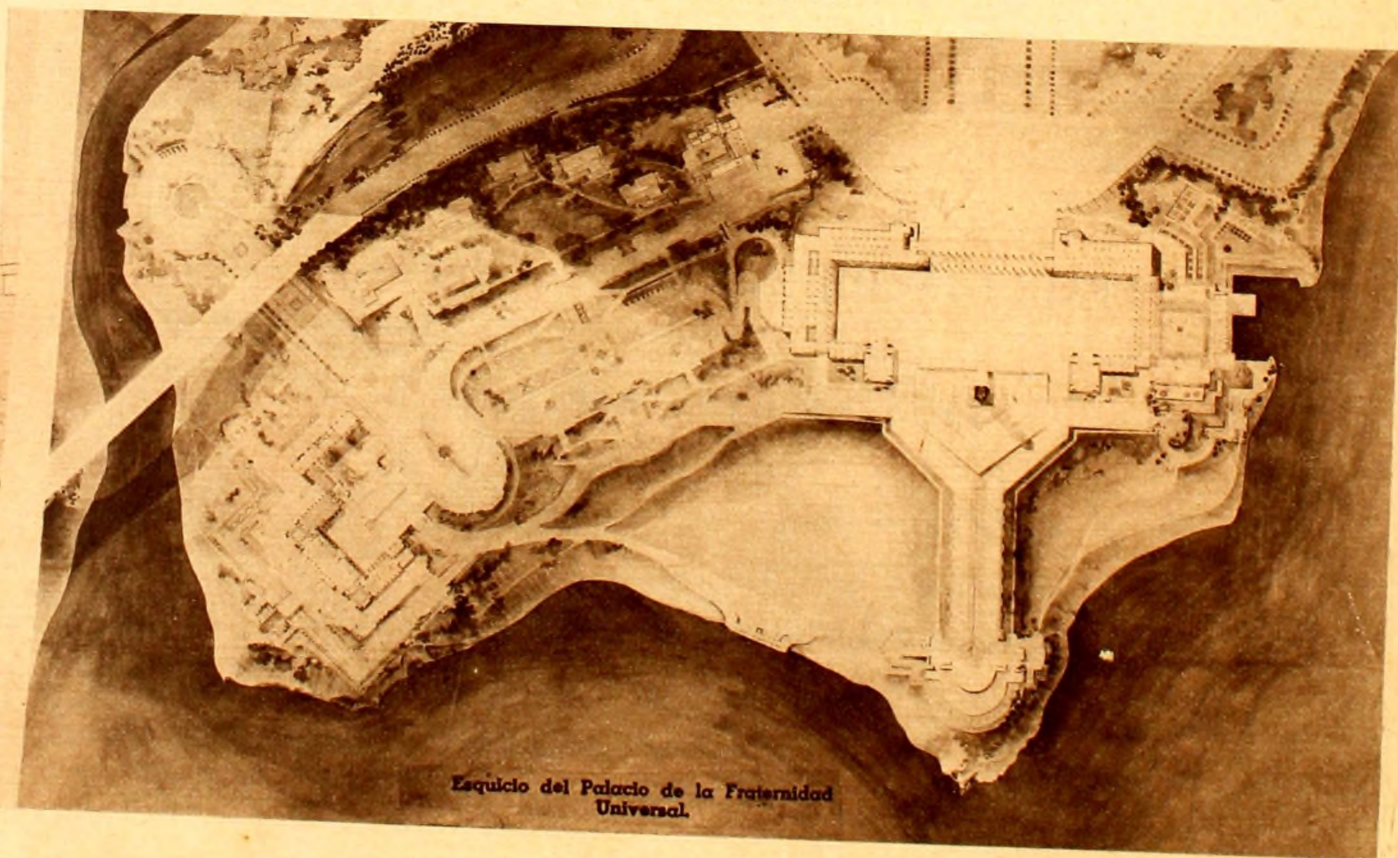
En este lugar se reunirían por temporadas, como en una especie de congreso, los hombres de buena voluntad que tendrían las aspiraciones dirigidas en el sentido indicado, y el anhelo de depurar y programar sus ideas..."

PARA DISIMULAR LAS CANAS

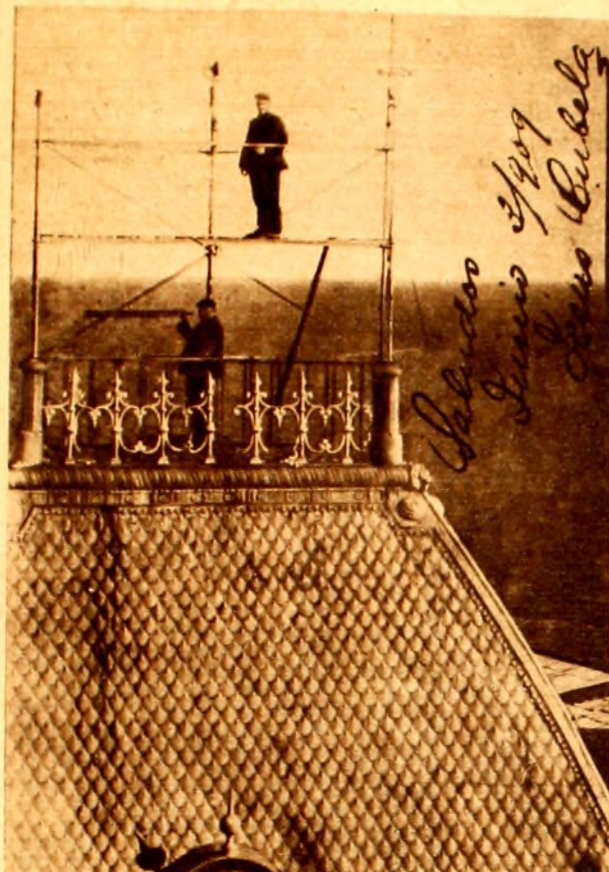
El mejor método de disimular las primeras canas, no es teñirlas sino al contrario, dar al cabello un color claro sobre el cual pasan desapercibidas.

En París, las mujeres que empiezan a tener canas, jamás las tiñen de oscuro o castaño. Se aplican en casa con toda comodidad la manzanilla verum, durante 3 días y de ese modo el cabello toma un hermoso color rubio. Las canas son muy visibles en las personas de pelo negro o castaño, pero evidentemente dejarán de verse cuando el cabello haya tomado el hermoso color rubio que da la manzanilla verum.

Esta loción se encuentra ya preparada en todas las farmacias del país.



Esquicio del Palacio de la Fraternidad Universal.



Primera ubicación que tuvo el Observatorio en los altos de la Universidad vieja. En la fotografía aparecen don Antonio Simonetti ante el anteojo. Arriba su hijo José, que había de sucederle.



La segunda ubicación del vigía estuvo en la torre de la iglesia de San Francisco, en la calle Cerrito.



En ascenso cada vez mayor el puesto del vigía, el actual está instalado en la torre del Palacio Salvo. ¿Cuál altura espera al Simonetti de la cuarta generación de atalayas?

LOS SIMONETTI

ATALAYAS DE LA CIUDAD

HE aquí una familia cuyo nombre habrá de quedar, por así decir, adscripto al de una singular tarea.

Los Simonetti, desde hace aproximadamente cuarenta años, atalayan, exploran el mar.

Explorar y mirar son dos faenas distintas de nuestro sentido óptico.

El ojo que mira, es aquel que presta atención a los objetos del inmediato contorno con los cuales, directa o indirectamente, mantiene trato ejecutivo el cuerpo.

Un vital interés nos impone la función de mirar.

Por el contrario, el ojo que explora es aquel que, en cierto modo, se desentiende de lo próximo y se enfrenta con lo que está más allá del cúmulo de cotidianos afanes y quehaceres que solicitan, perentoriamente nuestra acción.

El ojo capaz tan solo de mirar, aún cuando lo haga con ayuda de instrumentos adecuados, nada o muy poca cosa verá si se aplica a observar el cielo, el mar o la llanura inmensa, pues tales infinitos reclaman, para revelar a distancia lo que acaece en ellos, el ojo que sabe explorar.

Simonetti, desde su observatorio, atalayando el mar, nos dirá: ocurre ésto o lo otro en tal sitio y a tantas millas de aquí. Nosotros en vano dirigiremos hacia allá la mirada. Nuestros ineptos ojos nada percibirán, y, si perciben será algo tan confuso y vago que nos dejará, lo mismo, ayunos de todo conocimiento.

Teniendo esto presente, fácilmente nos explicamos los señalados servicios que, a través de tres generaciones, han venido prestando los Simonetti a la navegación así como a la sociedad, ya indicando peligros a los nautas, ya anunciando, con la suficiente antelación, como para permitir la llegada a tiempo de un eficaz socorro, siniestros marítimos, o, simplemente, la situación de vidas en peligro.

✦

En el año 1902, don Antonio Simonetti inaugura, en nuestro medio, el hasta entonces desconocido servicio de Vigía.

La torre de la antigua casona sita en la esquina que forman las calles Cerrito y Juan Lindolfo Cuestas, sirvió para instalar, por primera vez, el observatorio.

Allí permaneció hasta 1917 en que pasó a la torre de San Francisco, lugar mucho más apropiado que aquél para esa labor por su mayor altura y mejor ubicación.

Pero al nuevo local ya no pudo ir don Antonio, sucediéndole en el puesto su hijo don José, formado por aquél en el oficio.

En San Francisco, y a cargo de don José Simonetti, el servicio de Vigía fué cumplido hasta 1930, en que el observatorio fué cambiado al lugar que actualmente ocupa, en la cúpula del palacio Salvo.

Y don José que había, también, puesto a su hijo Orlando en condiciones de continuar la familiar tradición, cuando se sintió imposibilitado para seguirla, cedió su puesto a quien hoy dignamente la mantiene.

El señor H. Orlando Simonetti, Primer Vigía de la Administración del Puerto, es, pues, en la actualidad, el depositario de lo que tanto su padre como su abuelo, consideraron un blasón de la estirpe.

Simonetti, como dejamos expresado más arriba, desempeña un cargo dentro de la Administración del Puerto.

Su ocupación tiene, pues, carácter oficial. ¿Y cuáles son sus actividades ordinarias? El trabajo de Simonetti dura de sol a sol. Durante ese tiempo todo lo que ocurre en el mar, dentro de un área de varias decenas de millas, Simonetti lo registra en su observatorio.

Un buque es avistado. Simonetti lo anuncia a las oficinas portuarias, para que éstas envíen el práctico de estilo a esperarlo. De manera que, sin pérdida de tiempo, el buque lo toma y entra al puerto sin sufrir esperas perjudiciales.

Si se trata de un buque de carga, como el vigía tiene todas sus señas, sabe ya a qué compañía naviera pertenece. Entonces comunica a los consignatarios de plaza para que éstos aparejen, con la debida anticipación, lo necesario para su descarga.

Pero hay más todavía. Y he aquí un aspecto simpático de la función del vigía. Se aguarda la llegada de un buque de pasajeros. A Simonetti se dirijen, en demanda de informes, los que están impacientes por abrazar al ser querido que viaja en él, o por enterarse de noticias de interés íntimo que dicho buque les trae.

Y Simonetti a todos atiende y da con exactitud las informaciones que se le piden.

La guerra encendida en Europa ha complicado un tanto las habituales tareas del vigía.

Los buques de las naciones beligerantes llegan "camouflados" y recién se les reconoce cuando, desde la rada, levantan banderas cuyos colores, de acuerdo con el Código Internacional de Señales, permiten su identificación.

Pero Simonetti no ha tropezado, hasta ahora, con inconvenientes. Un poco más de atención... y las dificultades se allanan.

Simonetti sigue siendo el vigía de siempre.

Su labor, a semejanza de la llama del hogar pagano, objeti[...] materializa el recuerdo de los seres [...]s que le dedicaron, uno tras otro, s[...]das por entero.

Francisco GUEVARA ROSELL.





Don José Simonetti, avizorador de horizontes durante toda una vida.



H. Orlando Simonetti es el actual vigía. Aparece en la balaustrada acompañado de su ayudante.

OTRO LIBRO SOBRE ARTIGAS

NO hace muchos días, amablemente acogido por la dirección del "Suplemento dominical" de "La Vanguardia", de Buenos Aires, hube de quebrar una lanza, creo que oportuna, en defensa de nuestro Artigas, contra el que todavía, de vez en cuando, suelen volverse a encender los viejos odios que lo anularon políticamente, pero que no han podido evitar que la verdad se vaya abriendo paso, lenta pero firmemente, enredor de su discutida y apasionante figura. Alguien lanzó allí la idea de levantar una estatua de nuestro caudillo en la gran urbe porteña, y no faltó quien saliera al paso a combatir la iniciativa, reeditando apolillados conceptos que debieran haber sido abandonados, definitivamente, en el rincón de los trastos inservibles. ¿Cómo podría soportar Buenos Aires, — decíase en síntesis, — la glorificación y la presencia del más grande enemigo de la argentinidad? Al hablar de argentinidad no se quiere decir, precisamente, lo que esa palabra significa ahora, sino lo que hubiera significado en aquel tiempo en que no había sido pronunciada todavía. Por entonces, solo había "Provincias unidas del Río de la Plata", denominación mucho más adecuada y que traducía, perfectamente, el propósito de los patriotas de constituir un Estado independiente en los territorios que ocupaba el abolido virreynato español. Afirmar que Artigas fué adversario de semejante ideal es violentar, conscientemente, la verdad, porque a la altura actual y después de haberse hecho todas las revelaciones que se conocen, nadie tiene derecho ya a sostener semejante patraña.

Pero, como he dicho, la verdad se abre paso, poco a poco, apagándose en el olvido o en el descrédito las construcciones levantadas por las rivalidades y los odios entre los hombres. La bibliografía favorable a Artigas va aumentando día a día, enriqueciéndose con importantes y espontáneos aportes, y no entre nosotros en donde no hay interés ni estímulo alguno por los estudios históricos, sino en la República Argentina, y más especialmente, en Buenos Aires, ciudad en que siempre se aborreció a nuestro caudillo y en que siempre se combatió su memoria con la misma insistencia y hasta la misma virulencia con que había combatido su persona. En estos últimos tiempos se han editado en la vecina orilla numerosos libros, folletos y artículos, y pronunciado conferencias, en los que se encara la personalidad de Artigas y se juzga su actuación; desde un plano muy distinto al que se había hecho hasta ahora. Las viejas opiniones de Cavia, López, Saldías y Mitre, por no citar sino a los más voluminosos, producto de una información parcial y del apasionamiento político de la hora, que constituían algo así como dogmas incontestables, y que alimentaban los textos históricos y las elucubraciones de ciertos equivocados cultores del patriotismo, han comenzado a perder su infalibilidad ante el aporte de nuevos documentos que habían permanecido ignorados o que ante la repulsa o la resistencia general nadie se había atrevido a dar a conocer para restablecer el imperio de la verdad histórica. Espíritus generosos, a los cuales deberemos siempre estar reconocidos, salen así en defensa de nuestro caudillo, el que va reconquistando, sin exageraciones ni ditirambos, — que no conviene emplear porque ellos también, como los del sentido opuesto contribuyen a violentar la verdad y a crear falsos héroes, — su verdadera estatura, ocupando el lugar que legítimamente le corresponde en aquella gran aventura colectiva que fué la emancipación de los países del Río de la Plata.

Quiero hoy referirme a un nuevo libro, titulado "Artigas, el Jefe de los orientales", que acaba de aparecer en Buenos Aires con pie de la "Imprenta de la Universidad" y del que es autor el Sr. Luis Alberto Giménez Pastor. Trátase de un valiente y sereno alegato, sobrio y ordenadamente expuesto y desarrollado, que puede calificarse entre lo más valioso y ejecutivo que se ha publicado sobre ese tema en dicha ciudad en estos últimos tiempos. A través de sus páginas se transparenta, además de su devoción por la verdad histórica, mucho cariño por nuestro país y por sus hombres más destacados, especialmente por Artigas, cuya excepcional existencia e injusto destino lo han sugestionado profundamente. Escrito en capítulos no muy extensos, titulados simbólicamente, este libro da una idea integral de Artigas tomándolo en la cuna, en aquel Montevideo de mediados del siglo XVIII, "fuerte y presidio", erigido sobre la alta península unos años antes por Bruno Mauricio de Zabala como atalaya vigilante del río y barrera contra la expansión portuguesa, hasta dejarlo arropado en los pliegues de su humilde tumba en tierra paraguaya. El autor ha seguido el orden lógico de esa existencia tan larga, pero que brilló tan solo con irradiación inapagable durante diez agitados, febriles e inmortales años: de 1811 a 1820. Las aventuras del hombre de campo, primero, y del oficial de Blandengues después, en un país semi-desierto en el que no ocurrían acontecimientos sensacionales, no tienen mayor trascendencia, y solo pueden ser contadas, como lo hice yo en mi historia de Artigas, para dar al futuro héroe el marco natural de sus hazañas, y explicarlo como un producto lógico de la tierra, la raza, el clima y la época, factores determinantes en el destino de los hombres. En tres capítulos: "La cuna", "Las primeras armas" y "Las rivales", Giménez Pastor llena ese cometido, comprobando un conocimiento completo de las andanzas del Artigas niño, joven y hombre maduro, hasta que las campanadas de las invasiones inglesas vinieron a despertar rudamente a estos países de su beata modorra colonial.

El pronunciamiento de Mayo y sus inevitables repercusiones en la Banda Oriental, revelaron, bruscamente, al hombre nacido para enfrentar los inesperados y tempestuosos acontecimientos que se preparaban. Hasta entonces había vegetado en una apacible medianía, apretado por la inexorabilidad de los horizontes. El estanciero, el simple guardador del orden, enemigo de indios bravos y de audaces contrabandistas se transforma, de golpe, en un rebelde, en un caudillo, en un conductor de muchedumbres. El pueblo oriental no tuvo necesidad, como otros, de distraerse en dolorosa busca de un director, ni hubo de agotarse — como sucedió más tarde una vez alcanzada la independencia — en una lucha suicida impuesta por ambiciones rivales. Artigas surgió espontáneamente, sin ningún esfuerzo, sin tener que vencer ningún obstáculo, sin ninguna oposición, como jefe de las huestes en armas y del pueblo rebelado, sin que consiguieran otra cosa que fortalecer esa jeraquía, cuantos esfuerzos se hicieron desde Buenos Aires para desplazarlo de ese puesto. Muy pocas veces en la historia de los pueblos de América se ha dado un caso parecido de concentración en una sola persona de todas las autoridades, naturalmente reconocidas por la colectividad, fueran militares como civiles. Artigas gustaba que lo llamasen "jefe de los orientales", y era eso mismo, en toda su amplitud: no sólo el jefe del ejército oriental, sino jefe del pueblo; jefe en tiempos de guerra y en épocas de paz. Para encontrar un parangón adecuado — guardando las distancias impuestas sobre todo por la diferencia de los ambientes en que uno y otro actuaron — habría que remontarse a Wáshington, "el primero en la guerra, el primero en la paz, y el primero en el corazón de sus conciudadanos".

Ya en el comienzo de su actuación como patriota, Artigas comenzó a experimentar injustos sinsabores provocados por las totalmente injustificadas resistencias que encontró en los medios gubernativos de Buenos Aires. Hace muy bien Giménez Pastor en atestiguarlo porque de ahí arrancan todas las desavenencias futuras entre uno y otro y porque la piedra rodando, se convertiría muy pronto en alud. "En Buenos Aires — dice — la Junta de Gobierno había destituído al Cabildo y dictado severas medidas contra quienes contrariaban los designios de su Presidente, Cornelio Saavedra, cuya tendencia había acabado por predominar. Mariano Moreno, el de la [illegible] esta tendencia vencida, era alejado al extranjero. Ante esta autoridad convulsionada venía Artigas a ofrecer su espada y pedir auxilio para proteger a su pueblo y a su tierra. Pero, ¿cómo este soldado osaba hablar en nombre y como jefe de un pueblo que, sin duda de ninguna especie, era considerado como una provincia argentina que debía seguir la condición de las demás? Su presencia fué, pues, recibida con mucho recelo y ese recelo ya nunca desaparecería de las futuras relaciones entre los gobiernos patrios y el caudillo oriental. El ofrecimiento fué aceptado con frialdad. Se le entregaron 200 pesos y 150 hombres, otorgándosele, además, el grado de teniente coronel; y con estos recursos emprendió Artigas el regreso a su tierra, si bien aminorado el optimismo inalterable la fe en su misión libertadora".

Otro historiador encuentra, pues, el porqué de los futuros acontecimientos en la mala voluntad que desde un principio encontró Artigas de parte de los gobernantes de Buenos Aires. Ese fenómeno iría acrecentándose día a día hasta provocar la rebelión del caudillo a quien tan inconsideradamente trataban. Después de ese primer contacto, frío y desconfiado, vino el nombramiento de Belgrano como jefe del ejército patriota que debía operar en la Banda Oriental, y el de Rondeau para ocupar el segundo puesto, a pesar de que, como lo apunta Giménez Pastor con toda propiedad, "aunque Artigas tenía el mismo grado militar que su camarada de armas era mayor su antigüedad en las campañas e incomparable su prestigio ante sus conciudadanos, no obstante serlo mucho el de Rondeau". Esta situación no se modificó en absoluto con la victoria de Las Piedras, cuya gloria pertenece por completo a Artigas, que fué la primera que obtuvieron los patriotas sobre los españoles, y que decidió los destinos de Montevideo y de la Banda Oriental. A despecho de ese triunfo, Artigas siguió subordinado a la autoridad de Belgrano y de Rondeau como si no hubiera ocurrido nada.

Establecido el sitio de Montevideo, Rondeau tomó el mando de las fuerzas — ya desplazado Belgrano por causas bien conocidas — reservando para Artigas, exclusivamente, la jefatura de las milicias orientales, a lo que nuestro caudillo se sometió por espíritu de disciplina y puro patriotismo, pero no por considerar justa esa situación. Los manejos posteriores de los políticos porteños que resolvieron sacrificar la Banda Oriental dejándola de nuevo en manos de los españoles después de haber provocado la invasión de los portugueses contaron con la más enérgica, aunque inútil oposición de Artigas. Este, no pudiendo evitar el hecho, resolvió emigrar con su pueblo, sin renunciar a seguir hostilizando tanto a españoles como a portugueses y sin renunciar tampoco a sus ensueños de independencia para su provincia. Así se produjo el episodio pasmoso que se conoce con el nombre de "Exodo del pueblo oriental", que no tiene igual en la historia de la independencia de América. "Artigas — dice Giménez Pastor — había afrontado solo la situación con estas palabras escritas por él después de la partida de las fuerzas de Rondeau para Buenos Aires, protestando que por ese hecho "se abandona esa Banda a su opresor antiguo; pero ella enarbola a sus órdenes el estandarte conservador de su libertad; síganme cuantos gusten, bajo la suposición de que jamás cederé". Aquel hombre, aquel caudillo, al llevar en sus brazos a todo un pueblo abandonado a su destino acababa de fundar una nacionalidad".

Sigue al Exodo el vía-crucis del Ayuí, y las pérfidas intrigas de Sarratea. Ya no eran los españoles y los portugueses los solos enemigos declarados de Artigas. Desde Buenos Aires se le consideraba como a un tipo peligroso, casi como a un delincuente, y se trabajaba para restarle autoridad para disolverle su ejército, para debilitarlo en todos los sentidos. Pero como no era él solo la víctima del desaforado centralismo porteño, inició, fácilmente, relaciones cordiales con las autoridades de Paraguay, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fé, que tenían que hacer frente al mismo problema, y que veían en él a una cosa muy distinta. Fué, posiblemente, desde el destierro del Ayuí, en donde Artigas concibió por primera vez su plan de "Liga Federal" que debía oponer más tarde a las imposiciones del unitarismo. Cuando Vigodet rompió el armisticio y el gobierno de Buenos Aires se vió obligado a reiniciar el sitio de Montevideo, no encontró para confiarle el cargo de jefe del ejército que cumpliría con esa misión a otra persona que a un civil, a Sarratea, que se había perfilado como el más obstinado enemigo de Artigas. Este seguía siendo objeto, pues, de una verdadera persecución por parte de aquel gobierno. A tal punto llegó la injusticia que Rondeau, que ocupaba una vez más el cargo de segundo jefe y que fué siempre un soldado quizá excesivamente disciplinado, hubo de rebelarse contra Sarratea, obligándolo a abandonar el sitio y a volver a Buenos Aires, en donde de inmediato se le daría otro puesto de gran importancia, en premio de sus "inapreciables servicios".

Pero las disidencias entre Artigas y el gobierno central no habían adquirido, hasta entonces, otro carácter que el de un conflicto entre hombres, autoridades e influencias, la primera que se creía autorizada para imponer desde Buenos Aires su criterio absoluto a todas las provincias del antiguo virreinato, y la segunda que defendía los fueros particulares de las mismas, encarnados o representados por los caudillos que se habían destacado en ellas poniéndose al frente de las fuerzas armadas. La rivalidad entre hombres se había de convertir muy pronto, — y en el caso de Artigas fué el primero y el que orientó a todos los demás, — en disputa entre ideas y sistemas de gobierno, obligando a unos y a otros, a concretar programas y aspiraciones de futuro. El envío de los primeros diputados orientales a la Asamblea Constituyente de 1813 que hubo de reunirse en Buenos Aires, dió definitivo tinte doctrinario a ese pleito que se había iniciado dos años antes con las primeras andanzas de Artigas. Pero aquellos diputados tenían, ante el concepto de los gobernantes de Buenos Aires, un origen espúreo: representaban la autoridad de Artigas y ello solo bastaba para que no se les permitiera la entrada en aquel cónclave. Pero no fue ése, solamente, el motivo del rechazo. Las instrucciones dadas por Artigas a sus diputados que exigían la proclamación de la independencia de estos países, la adopción del régimen republicano y federal de gobierno, la libertad de cultos y de comercio, el aplastamiento del despotismo militar, la ubicación de la capital en una ciudad que no fuera Buenos Aires, etc., colmaban las medidas y llegaban al escándalo. ¿Cómo un simple caudillo provincial, un simple gaucho, se permitía señalar normas a los señorones aristócratas de la capital del ex-Virreynato? Y, además, ¿cómo tomar en cuenta semejantes ideas, que se podían clasificar como disolventes y anárquicas? Y, aquí Giménez Pastor: "Si no se consideraba todavía oportuna en la capital la declaración de la independencia, con mucha menos razón podía aceptarse el establecimiento de un régimen republicano-federal. Era necesario, pues, terminar de una vez con todos aquellos diputados comprometedores antes de que provocaran una explosión en el seno de la Asamblea con aquella mina de las "Instrucciones" que traían bajo el brazo".

Todo eslabón entre Artigas y los dirigentes porteños quedaba roto ya. El poder español agonizaba, irremediablemente, dentro de los muros de Montevideo. Clausurado ese peligro, se iniciaba la inevitable lucha a muerte de facciones entre los vencedores. El morenismo había sido desplazado definitivamente con la temprana desaparición del gran agitador liberal. Comenzaba el pleito entre las sectas, el choque entre las distintas tendencias que se disputaban el gobierno. Ese primer pleito, fué, entre nosotros, el de los unitarios y monárquicos de un lado, y los republicanos y federables del otro. Ello no tiene nada de particular, y fuerza es aceptarlo como algo fatal e inevitable. Pero Artigas fué la víctima propiciatoria en ese encuentro entre dos corrientes predominantes que se disputaban el poder: el centralismo y el federalismo. El rechazo de sus delegados a la Asamblea implicaba la desaprobación de sus ideas de gobierno y el desconocimiento de su autoridad gubernativa en la Banda Oriental. "La posición del caudillo oriental, — dice Giménez Pastor, — se había tornado muy difícil. Ya no era persona grata a las nuevas autoridades de Buenos Aires representadas por el Director Gervasio Antonio Posadas y el Consejo de Estado. Además, sabía que en esos momentos se hallaba Sarratea de nuevo en Río de Janeiro sondeando en los Strangford la posibilidad de otro armisticio tendiente a entregar el territorio oriental a los españoles y de una alianza para aniquilar a Artigas. Tenía éste, pues, pocos caminos para elegir: o someterse incondicionalmente con perspectivas de ser privado de sus grados o reducido a prisión; o romper decididamente, las hostilidades con Rondeau exponiéndose a que éste levantara el sitio de la ciudad; o retirarse solo. Se decidió por esto último, sabiendo que la resistencia de la plaza estaba casi agotada y que su rendición era cosa de poco tiempo. Con esa idea, en la noche del 20 de enero de 1814 abandonó secretamente la línea sitiadora. Pero sus soldados, cuando advirtieron su ausencia lo buscaron hasta encontrarlo; y detrás de él siguió casi todo su ejército".

Con esto y el torpe decreto de Posadas colocando a Artigas fuera de la ley y poniendo a precio su cabeza, como un delincuente común, la rivalidad y la disidencia se convirtieron en franca guerra. No queriendo que su acción pudiera favorecer indirectamente a los españoles, Artigas marchó lejos de Montevideo y de acuerdo con los gobiernos de las provincias del litoral comenzó a crear graves dificultades al gobierno de Buenos Aires. Pero caído Montevideo en poder de los patriotas, Artigas reclamó su devolución a los orientales, sus legítimos dueños. Ya se sabe como se contestó desde Buenos Aires a esa naturalísimo reclamo. Giménez Pastor cita esta frase de una carta enviada por el general argentino Soler al Director Posadas: "Nada podemos contra un enemigo protegido por toda la población que mira a nuestra tropa como extranjera". Por primera vez, la Banda Oriental es teatro de una guerra civil, que termina con la victoria de Rivera sobre Dorrego en Guayabo. No quedaba a Alvear, que era en aquel momento director supremo del gobierno de Buenos Aires

otra perspectiva que la de aceptar el fallo de los hechos. La Banda Oriental fué evacuada por las tropas argentinas y Artigas pudo, aunque durante un tiempo muy reducido, ver a su país desarrollarse libremente, dentro del concierto de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Pero sus preocupaciones fundamentales, — lo que comprueba que no era un caudillo de estrechas miras localistas y que su visión era mucho más amplia, — no se reducían exclusivamente, a la Banda Oriental, sino a la Liga Federal, especie de asociación espontánea de las provincias de Entre Ríos, Corrientes, Santa Fé, Córdoba y la nuestra, todas las cuales lo reconocían como "Protector", título honorífico que se le dió y que él no empleó jamás, sino para trabajar por el progreso de sus ideales federalistas. Cuando cayó Alvear, como consecuencia de la eficaz acción de Artigas, y su sucesor, Alvares Thomas, reintegró al caudillo oriental sus grados y prestigios reconociéndolo "benemérito de la patria", y cuando el texto de los bandos difamatorios que se habían lanzado contra él fueron quemados en la plaza de Mayo, la paz pareció restablecerse definitivamente. Pero esa ilusión no se iba a prolongar durante mucho tiempo. Las negociaciones iniciadas por el gobierno de Buenos Aires para resolver definitivamente todos los problemas que habían quedado pendientes, fracasaron. Artigas insistía en sus primitivas instrucciones, y no quería tampoco enajenar el prestigio que en buena lid se había ganado en las provincias de la Liga Federal. "Los delegados argentinos Rivarola y Pico, — atestigua Giménez Pastor, — presentaron a su vez un breve proyecto que implicaba el rechazo más absoluto del plan de Artigas: independencia de la Banda Oriental; ayuda a los orientales, en razón de sus fuerzas, en la guerra contra los españoles; demolición de las fortificaciones de Montevideo; que Entre Ríos y Corrientes optaran por ponerse bajo la protección del gobierno que eligieran. Nada se contestaba con respecto a Santa Fé y Córdoba; nada sobre la devolución, a plazos, de los armamentos y las sumas sacadas de Montevideo por las fuerzas alvearistas; y nada, en fin, sobre la alianza ofensiva y defensiva de la Provincia Oriental con las demás, sobre la base de una futura Constitución, dictada por un Congreso legalmente constituído".



Artigas rechazó, por segunda o tercera vez, la sugestión de la independencia de la Provincia Oriental porque nunca fué separatista sino autonomista. Comenzó entonces a tomar cuerpo un viejo proyecto para anular a Artigas, sacrificando la Banda Oriental, cuyas raíces venían desde muy lejos. "Por otra parte, — dice Giménez Pastor, — el ministro argentino en Río de Janeiro gestaba laboriosamente desde los tiempos de Alvear, un plan misterioso, cuyo resultado nadie podía prever, pero cuyas vagas noticias tenían alarmados a quienes no simpatizaban con la política monárquica del nuevo gobierno. Manuel José García, que tal era el ministro aludido, consideraba necesario impedir el acceso a Montevideo de las fuerzas españolas, que se suponía que vendrían en una expedición al mando del general Morillo, y al mismo tiempo entendía que era indispensable acabar con Artigas para siempre". Es necesario atestiguar aquí que la circunstancia de que la expedición Morillo no llegara nunca al Río de la Plata no fué obstáculo para que el plan de entregar la Banda Oriental a los portugueses, se cumpliera en todas sus partes. Lo que quiere decir que la preocupación primordial de los políticos porteños no fué, precisamente, la de impedir que los españoles volvieran a establecerse en Montevideo, sino la de librarse de Artigas, empresa para la cual ellos se consideraban impotentes, pues de otro modo no hubieran ido a buscar ayuda a Río de Janeiro. No vemos que podía ganar la causa patriota del Río de la Plata impidiendo a los españoles, los antiguos dominadores, que volvieran a instalarse en sus territorios, pero trayendo en su lugar a los portugueses que ni siquiera los habían poblado ni colonizado. Si España, por obra de la rebelión de los criollos, habían perdido sus derechos sobre estas regiones, ¿cómo reconocérselos a Portugal? El odio a Artigas enceguеció por completo a los gobernantes argentinos; fué más fuerte que todas las consideraciones, y así cometieron el error sin disculpa de planear, o fomentar, o tolerar, la conquista de la Banda Oriental por los portugueses, a pesar de que los orientales no deseaban sino formar parte, pero con honor, dignidad y libertad, del gran Estado independiente que habían contribuído con su sangre y su heroísmo a formar en ambas márgenes del Plata.

Producida la invasión por un ejército al que los orientales solos no podían resistir, por su número, su disciplina y la eficiencia de sus armas, una gran parte de la opinión pública argentina que consideraba a la Provincia Oriental como territorio nacional, protestó airadamente contra la conducta del gobierno de Buenos Aires. "La noticia de la invasión — apunta Giménez Pastor — fué dada a conocer recién el 1º de diciembre de 1816 y causó una indignación indescriptible tanto en Buenos Aires como en el resto del territorio de las Provincias Unidas. En la capital, particularmente, se agitó en extremo el pueblo y el diario "La Crónica" dirigido por Manuel Moreno y el coronel Dorrego, incitaba en sus artículos a la defensa de la provincia "entregada como víctima". Ante esta efervescencia Pueyrredón perdió la calma y adoptó medidas exageradas, llegando más adelante a deportar a Dorrego, a Moreno y a un grupo de personas de alta posición política y social que condenaban la ejecución del plan tramado en Río de Janeiro que ahora venía a revelarse. Sin embargo, intimidado al fin el Director por el grado de exaltación popular, cada vez más creciente, quiso demostrar un intento de contener el avance de los portugueses enviando al coronel de Vedia con la misión de notificar al general Lecor que debía retroceder a fin de evitar que el gobierno argentino se viera en la necesidad de declarar la guerra a Portugal. El barón de la Laguna que sabía a qué atenerse acerca de esa demostración de enojo del gobierno de Buenos Aires, contestó que sus órdenes eran terminantes y que no detendría su marcha, agregando que no hacía la guerra al pueblo oriental sino a Artigas y que, como de hecho la Provincia Oriental se había declarado independiente no tenía el gobierno reclamante intervención en el asunto".

Todo siguió sucediendo, pues, como se había planeado en Río de Janeiro. Quizá no se pensara que Artigas al frente de sus montoneras, cien veces derrotadas y cien veces rehechas, resistiera durante cuatro largos y sangrientos años a tan fuerte enemigo. Pero, su sacrificio, decretado por dos adversarios tan poderosos, había de cumplirse inexorablemente. Aquello rebasaba la capacidad de las fuerzas humanas. Ningún otro, en tales circunstancias, hubiera hecho más que Artigas, y aunque sus enemigos no pudieron matarlo ni apresarlo que era su propósito fundamental, lograron que abandonara la lucha cuando traicionado hasta por sus propios partidarios, no quedaba, absolutamente, ni siquiera ninguna posibilidad de proseguirla. En ninguna época de su vida Artigas fué más grande que durante esos cuatro años tempestuosos y sublimes en que hubo de agotar sus fuerzas en una lucha homérica contra todos los elementos, solo con sus gauchos sus indios y sus perros cimarrones contra argentinos y portugueses que no le podían perdonar su espíritu de rebeldía y de libertad. Todavía no se le ha hecho, ni en su propio país, la justicia debida; no ha aparecido quien exalte debidamente su figura legendaria, en esos cuatro años magníficos en que defendió el más alto patrimonio de su pueblo y de su raza con un heroismo que no cede al de ningún otro en la historia.

Después, como anota Giménez Pastor, fué la paz: una paz parecida a una muerte, una inactividad absoluta de treinta años en el Paraguay, lejos de todo centro civilizado, rodeado de indios mansos, dedicado a las tareas agrícolas, repartiendo entre los pobres del mísero villorrio que le había sido señalado por cárcel por Francia, las menguadas monedas que le enviaba el Dictador para su sustento y que un buen día le suprimió al saber el destino que les daba; enterrado en vida sin querer saber ni hablar de nada, ni de su formidable pasado, ni de sus enemigos, ni de sus amores; sordo a las felicitaciones de sus compatriotas que, cuando la Banda Oriental volvió a ser libre por obra de la acción de sus capitanes Rivera y Lavalleja y, esta vez, con el apoyo de Buenos Aires, reclamaron su vuelta a su país en donde hubiera podido morir en paz y venerado por todos. Ni siquiera la visita de su hijo José María, cuatro años antes de morir, fué suficiente para arrancarlo de su voluntario destierro en que se mantuvo durante tantos años, con la misma decisión y fuerza de voluntad que había puesto en todas sus empresas.

Luis Alberto Giménez Pastor ha realizado con este libro un trabajo sumamente meritorio que es justicia aplaudir y destacar. No ha tenido la pretensión de descubrir nada sino la de poner las cosas en su debido lugar, contribuyendo con su brillante esfuerzo a la restauración de la verdad histórica. Así lo expresa en el prólogo de su libro diciendo: "Aunque la "cuestión" Artigas ha dejado ya de ser un proceso sin sentencia absolutoria definitiva, todavía perduran erróneas convicciones acerca de este personaje, suscitadas más por la difusión de las afirmaciones contrarias a su buen concepto que por las comprobaciones ulteriores que le han sido propicias. Se ha persistido así, sin razón, en mantener un criterio histórico, tiempo ha rectificado por documentos aparecidos con posterioridad a la publicación — hace más de cincuenta años — de historias escritas por eminentes autores que no pudieron, lógicamente, sustraerse al impulso de sentimientos personales y, a veces, de pasiones ardientes, dsde el momento en que algunos de ellos fueron poco menos que actores y otros contemporáneos de los acontecimientos y de los hombres que les tocaba juzgar. Al correr del tiempo se han ido definiendo con mayor nitidez los contornos, antes confusos, de esta interesante personalidad al par que se han suavizado las asperezas producidas por los actos de su conducta, difícil de apreciar en momentos de vida tempestuosa, de ideas contrapuestas, de violencias y de desorientación de los más ponderados espíritus. Pero si bien ya es conocida entre nosotros la verdad respecto al origen de Artigas, a su vida privada, a las condiciones de su carácter, orientación de sus ideas y definición de su política americana, esta verdad permanece todavía velada para muchísimas personas y divulgarla comporta un oportuno deber de cultura".

Tal el noble propósito en que Giménez Pastor inspiró su libro. Dejo constancia de que lo ha alcanzado plenamente y hago votos porque su libro alcance toda la difusión que se merece. **Alberto LASPLACES.**

PINTURA F





PUERTA DE UN TRIPTICO DE MEMLING VISION DEL APOCALIPSIS. — Hans M según parece, su aprendizaje con un pint ha hecho grandes estudios sobre los mae tura revela una influencia mixta: la téc todo, que se admira en sus cuadros tie del maestro Lochner y con varias obra colonesa, encontrándose en ellos tambié Pasture. Pintó inspirándose en los tipos por la frente alta y despejada de toda era este un signo de belleza, hasta el pu te en tales condiciones, se la procurab

TABLERO DEL DIPTICO "HISTORIA DEL JUEZ PREVARICADOR", DE GERARD DAVID. —Holandés por su nacimiento y flamenco por su arte, Gerard David se estableció en Brujas en 1483, figurando pronto entre los mejores maestros de la floreciente ciudad, siendo elegido decano en 1501. Después del levantamiento de Brujas contra el emperador Maximiliano, fueron ejecutados algunos magistrados municipales bajo pretexto de prevaricación, y los que les sucedieron quisieron contemplar una obra, recordándoles la necesidad de la más estricta justicia, encargando a David las dos magníficas composiciones que se conservan en el Museo Municipal de Brujas, y que representan la historia de Sisamnes según la refiere Herodoto, figurando en la parte decorativa de tan admirables obras las armas de Felipe el Hermoso y Juana La Loca,



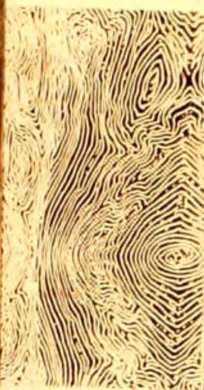
LA LEYENDA DE VAN GODEBERTA. CUADRO DE PEDRO CHRISTUS. — El único pintor que puede ser considerado como discípulo de Huberto Van Eyck es Pedro Christus, natural de Baerle (Brabante septentrional). Su cuadro más importante es el de la leyenda de Van Godeberta: la escena pasa en la tienda de un platero, vista desde la calle; detrás del mostrador está sentado San Eloy, que tiene en la mano derecha una sortija adornada con un rubí. A un lado un hombre en la plenitud de la vida, haciendo avanzar a Godeberta hacia el santo platero; a otro, junto a la ventana, un espejo convexo refleja la imagen de dos personas que pasan por la calle. Este cuadro procede de la Corporación de Joyeros de Amberes.





...AMENCA





DEGOLLACION DE SAN JUAN. ... era de origen alemán, e hizo ... Colonia; así lo cree Weale, que ... de Brujas. El carácter de su pin... el colorido, el sentimiento, sobre ... notable afinidad con las pinturas ... autores anónimos de la escuela ... influjo marcado de Roger de la ... mujeres de Brujas, según se ve ... vírgenes, pues en aquel tiempo ... que las que no tenían la tren... haciéndose arrancar los cabellos.



DIPTICO DEL "JUEZ PREVARICADOR", DE GERARD DAVID —Esta obra empezada en el año 1848, fué terminada diez años después. La composición y el colorido, así como varios detalles que en ella se observan, hacen creer que David había viajado por Italia antes de instalarse en Brujas; si el color y la manera de agrupar las figuras revelan una influencia veneciana, los amorcillos, las guirnaldas de flores y frutas y los camafeos de estilo Médicis demuestran que también pasó el maestro por Florencia.



LAS BODAS MISTICAS DE SANTA CATALINA, DE HANS MEMLING. — Esta obra es una de las culminantes de esta serie de retablos de Hans Memling. La santa desposada tiene una deliciosa expresión de ternura; no menos notable es la figura de Santa Bárbara, que está a su lado. La composición de este cuadro se parece mucho a la del retablo del hospital de San Juan, pero en él la escena pasa en un jardín cercado por una elevada tapia.



LECCION DE ANATOMIA (FRAGMENTO). REMBRANDT. — Hay en estas expresiones una exteriorización continua de energías, apareciendo perplejas, reflexivas, alrededor del cadáver sobre el que se dicta la lección de anatomía. Este cuadro lo pintó Rembrandt cuando tenía 25 años de edad.

TEORIAS Y SUEÑOS

LA VUELTA DE TOLSTOY

LAS DOS ETERNAS POSICIONES DE LA HUMANIDAD

Laurette. — "Esto es de nuevo, una teoría".
El Príncipe. — "Un sueño, como todo en el mundo".
(MUSSET. "La noche veneciana").

LA otra noche, al acostarme, después de haber hojeado el último número de una revista francesa, me hacía yo esta reflexión: "Sí; parece indudable: la actual generación literaria va a presenciar un retorno de Tolstoy".

Creo que, en efecto, Tolstoy volverá a estar de moda. En la sección de libros de la aludida revista el nombre del autor de "La guerra yla paz" aparecía una y otra vez. Sobre él, sobre su vida, sobre su evolución espiritual acaba de ver la luz un estudio de Stefan Sweig. Por otra parte, Iván Bunin, el más notable, quizás de los escritores rusos emigrados, ha publicado también con el título de "La liberación de Tolstoy", una biografía psicológica del asceta de Yasnaia Poliana. Las obras del propio Tolstoy se están reimprimiendo ahora en varios idiomas y nuevas ediciones.

León Tolstoy vuelve, y esta vuelta es muy significativa. Vuelve en las páginas de los periódicos, en los escaparates de los libreros, en los tablados de los modernos teatros y hasta en las pantallas de los cinematógrafos populares.

Este retorno del genial novelista es una señal de los tiempos. A cada generación intelectual le toca, por ley de naturaleza, reaccionar contra la generación de sus padres y entenderse nuevamente con la de sus abuelos. No sé si algún sociólogo ha enunciado esta ley de las generaciones alternas.

La que hoy se halla a la mitad del camino, la generación que actualmente domina el campo del pensamiento, se había olvidado del conde Tolstoy. El péndulo de la oscilación histórica llegaba cabalmente al otro extremo. Fué Tolstoy lo contrario de la mentalidad que ha predominado durante el último cuarto de siglo, desde la guerra de 1914 a la guerra de 1939. Tolstoy fué un místico y nuestro tiempo ha querido ser práctico; Tolstoy fué radicalmente individualista y nuestro tiempo es social; Tolstoy fué un libertario y nuestro tiempo ha visto la divinización del Estado; Tolstoy no amó sino la vida interior y nuestro tiempo no ha perfeccionado más que los técnicos, las máquinas, los medios exteriores; Tolstoy fué pacífico y nuestro tiempo es bélico; Tolstoy desdeñó "el arte por el arte", rehusó la comodidad, maldijo la riqueza y anduvo descalzo sobre la nieve, en tanto que nuestro tiempo cultiva el arte industrial, exige el "confort", adora el dinero y hace sonar los tacones de sus botas en el rítmico paso de sus desfiles uniformados, de sus masas organizadas...

Pero una nueva generación avanza. Y ya, a lo que parece, Tolstoy vuelve a interesar.

☼

Como decía, en ésto pensaba yo al acostarme la otra noche. Pensaba con cierta personal emoción, porque el nombre del escritor ruso está ligado a mis primeros recuerdos en el mundo de las letras. Cuando yo empezaba mi vida consciente y ya ensayaba una torpe pluma sobre las blancas cuartillas, dos grandes viejos descollaban todavía en aquel mundo de la literatura universal: Ibsen y Tolstoy. Nacidos los dos el mismo año; distintos por el espíritu; iguales por el genio, el dramaturgo del "Brand" y el novelista de "Resurrección", se nos presentaban como dos rebeldes gloriosos, dos ancianos renovadores, maestros de la juventud.



LEON TOLSTOY.
Dibujo de Reichel.

Al comenzar la mía, parecíame que la puerta de oro de la vida estaba ornada con esas dos estatuas, con aquellas dos figuras venerables: a un lado, el escandinavo, con sus canas indómitas, su rostro fuerte, su negra levita bíblica, y al otro, el eslavo, mi admirado Tolstoy, con su frente de filósofo, su mirada de santo, su gruesa nariz de mogol, sus blancas barbas de apóstol, su blusa de mujik, su cinturón de obrero, sus manos de aristócrata y sus pies desnudos de mendigo...

Con tales imágenes en la mente, me dormí esa noche. Y tuve un sueño. Yo descendía a un extraño subterráneo, como huyendo de los ruidos de guerra que arriba se escuchaban, quizás el zumbido metálico de los aviones de combate o acaso el estridor de las sirenas que daban la alarma. Me refugié en una especie de gruta que imponía como una prisión, y al mismo tiempo, serenaba cual una sagrada cripta.

En aquella cueva el frío era terrible. Como viera que había en un rincón gran cantidad de leña, escogí algunas ramas, las más ligeras y flexibles, y traté de encender el fuego con ellas. Les acerqué un fósforo, se me consumió vanamente entre los dedos, ensayé una segunda cerilla. Todo fué inútil; un humo negro se extendía por el recinto; pero la llama no prendía.

Pensé entonces que las ramas, mal amontonadas por mí de cualquier modo, no se hallaban en la disposición requerida y me esforcé en darles una airosa forma piramidal. Estéril resultó también mi esfuerzo. La pirámide no ardía mejor que el montón primitivo.

Y extendidas las ramas por el suelo como una alfombra de leña? Nueva tentativa, nuevo fracaso. En balde apliqué la cerilla por un lado y por otro, la densa humareda aumentaba, crujía la madera, pero el fuego no iluminaba el recinto.

Todos mis intentos fueron igualmente vanos. Ensayé con las ramas todas las posibles combinaciones y estructuras. El humo espeso me arrancaba lágrimas; mas la lumbre anhelada — claridad, calor... — no alegró el helado sótano.

En esto, sentí la impresión psicológica de que alguien me miraba... Volví los ojos, y, entre las oscuras nubes, vi la figura del maestro, contemplé el semblante de León Tolstoy.

—"Hijo mío", creí que me decía el aparecido, "¿por qué repites mi vieja fábula?"... "Eres como el niño de mi aldea. ¿No ves que ésta es leña verde, o ignoras que la leña verde no arde, cualquiera que sea la forma en que la coloques? Toma del montón la leña seca y pónla luego como quieras — ¡qué más da!, — muy pronto el fuego animará la estancia y confortará tu corazón.

Y me pareció que el maestro añadía: —"¿Nada os ha enseñado la experiencia de estos treinta años, desde que yo expiré, como un vagabundo, en aquella olvidada estación donde se cruzaban los caminos? Mientras los hombres, en lo interior de su espíritu, sean egoístas, violentos, malvados, leña verde, leña verde, resultarán inútiles todas las organizaciones colectivas, todos los sistemas sociales, todas las formas del Estado. No lograréis un Estado justo con ciudadanos injustos, ni con conciencias esclavas instauraréis un régimen de libertad. ¡Purificad, fortaleced, elevad las almas de los hombres y organizad después como queráis la sociedad, que la leña seca pronto arde!"

☼

Este viejo cuento tolstoyano señala la divisoria de las aguas entre las dos corrientes en que se separa la humanidad.

Para unos, como para Tolstoy, lo esencial es mejorar por dentro al hombre, transformar su corazón. Lo demás vendrá por añadidura. Si en cada corazón individual florecen la justicia y el amor, fácil será crear excelentes instituciones colectivas y reformar profundamente la vida de la sociedad. El progreso ha de realizarse de dentro a fuera.

Pero hay también la posición contraria: Es la organización de la comunidad, son las instituciones públicas las que hacen que el individuo sea bueno o malo.

El progreso se inicia de fuera a dentro. El ambiente forma al hombre. Cambiad las condiciones externas, materiales, económicas; modificad el estatuto político-social de un pueblo, y entonces, sí, por añadidura, cambiaréis y modificaréis los corazones.

Son las dos tesis opuestas. Dadme el ciudadano perfecto, dice la una, y la Ciudad futura surgirá por sí sola, como aquellas ciudades griegas que, según la leyenda, fueron edificadas al son de la lira. Dadme la Ciudad ideal, sostiene por el contrario la otra tesis, y bajo sus leyes sabias y rectas se formarán los perfectos ciudadanos.

Probablemente, entrambas posiciones encierran su parte de verdad. Los grandes movimientos históricos fueron aquellos en los que la mudanza de las almas mudaba las instituciones sociales y, a la vez, las nuevas instituciones sociales renovaban también el fondo de las conciencias. A tales movimientos puede aplicarse la frase de Condorcet: "Esta revolución no es la de un gobierno; es la de las convicciones y las voluntades".

Lo que ocurre es que, en estas últimas décadas, ha predominado casi en absoluto la segunda corriente. Se ha apagado la vida interior. Ha sido la época de las "reformas sociales". Se ha divinizado al Estado; se ha deshumanizado al hombre. El hombre vale hoy poco; su hábito interior no cuenta; ha perdido la libertad; ha abdicado la personalidad.

De Bismarck se dijo que había engrandecido a Alemania y empequeñecido a los alemanes. En cambio, los grandes alemanes, los genios de aquel país, florecieron en los pequeños Estados germanos de fines del siglo XVIII.

En nuestros días, bolchevismo y nazismo han sido los dos ensayos, su amplio estilo, de organización de la sociedad y robustecimiento del Estado a costa del individuo y con el sacrificio de la personalidad humana. Ambos ensayos están en crisis. Esa corriente se pierde en un mar de sangre.

El péndulo oscila hacia el otro extremo. Y en el otro extremo — como extremo también peligroso — está Tolstoy. Cuando en "el gran teatro del mundo" se aleja por un lado de la escena el ruido de las sandalias de César, parece que se oyen, por el otro, las suaves pisadas de los pies descalzos del anciano escritor que retorna...

Luis de ZULUETA.

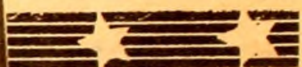
CINE



Entiéndase con mi abogado

Cine Metro exhibe una producción de aventuras policiales dirigida por Efwin L. Marin, vertida de un relato de Arthur Roche. Figuran en el reparto Walter Pidgeon, Virginia Bruce, Leo Carrillo, Eduardo Giannelli, Lee Bowman, Ann Morriss, Frances Mercer y Herbert Mundin.





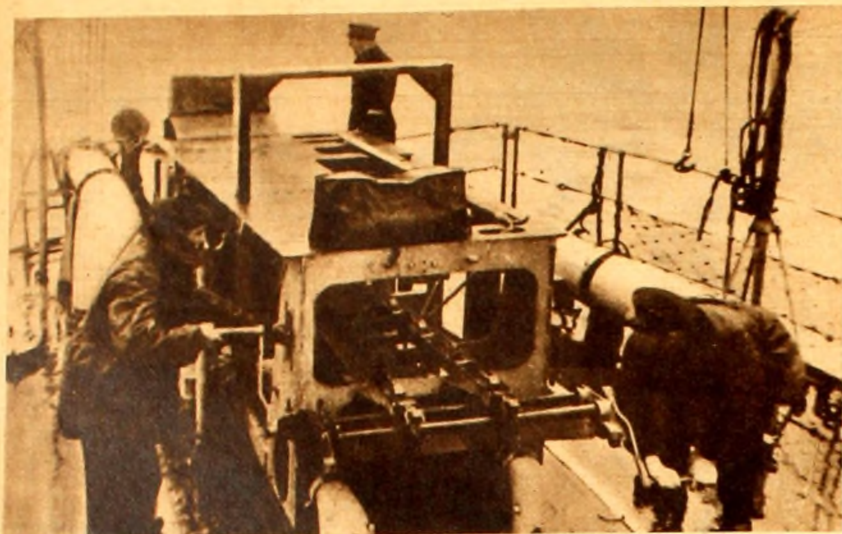


PHILEAS LEBESGUE, PREMIO 'GOUNCOURT'

POETA, filólogo, erudito y auténtico campesino de Francia, Phileas Lebesgue acaba de ser agraciado, por los Gouncourt, del premio de 25.000 francos del legado Geoffroy-Longchampt, "destinado a socorrer a un escritor en la necesidad"; pues todos los libros, que hacen de él una de las figuras más originales de este tiempo, no han sido suficientes, y Phileas Lebesgue se da el lujo de ser pobre. Es un sabio al que la ciudad no ha atraído y ama el campo y su villa de Le Neuville-Vault, donde su padre fabricaba zuecos, el calmo horizonte de Ile de France, el valle del Oise, todo en contrastes armoniosos, como el genio de la especie, lleno de olores a bosque, de humos blanquecinos y gentes apacibles y razonables.

Toda su vida magnífica de poeta y campesino, Phileas Lebesgue ha removido las ideas como, sobre la reja de su arado, la generosa tierra de su campo. Su orgullo es, tal vez, a los setenta años, el no haber sido sino un rústico trabajador. Sin embargo, su nombre ha conquistado el Universo, y los sabios, los artistas, los eruditos, releen sus poemas. Es alcalde de su pueblo, y ciudadano de honor de Lisbonne. Habla, sin violencia, el lenguaje sencillo de los campesinos, sus hermanos, pero no es menos que Virgilio o que Platon, que Shakespeare o Camoens, pues sabe como ellos el latín y el griego, el inglés y el lusitano.

Las piedras de su casa están desunidas, y el techo en ruinas. El gesto de los Gouncourt va a permitirle a este noble poeta disfrazar las rendijas de su hogar. El patriarca de La Neuville-Vault, al que ni el comercio de las Musas, ni la venta de los productos han enriquecido, podrá atizar sin angustia las cenizas de su hogar, y podrá narrar bellos sueños, escuchando la voz de su corazón inspirado.



UN BUQUE DE GUERRA francés dotado de aparato lanzador de granadas, por un sistema equivalente a la catapulta, cumpliendo el servicio de patrullaje. (Foto S. F. de P.).



LULEO, localidad sueca fronteriza a Rusia, fué bombardeada "por equivocación", según los rusos. Las bombas no hicieron otro daño que unos pozos en el hielo, dando ocasión a una enérgica protesta del gobierno sueco.



ACTUALIDADES MUNDIALES

OCHO BUQUES ALEMANES, han quedado detenidos en Curacao, decididos a partir en cuanto la ocasión les sea propicia, lo que parece improbable. De izquierda a derecha: el "Noroweer", "Patricia", "Vancouver", "Este", "Scattle", "Hannover", "Wesermiende" y "Alemania", cuyas tripulaciones en total suman unos 900 hombres.



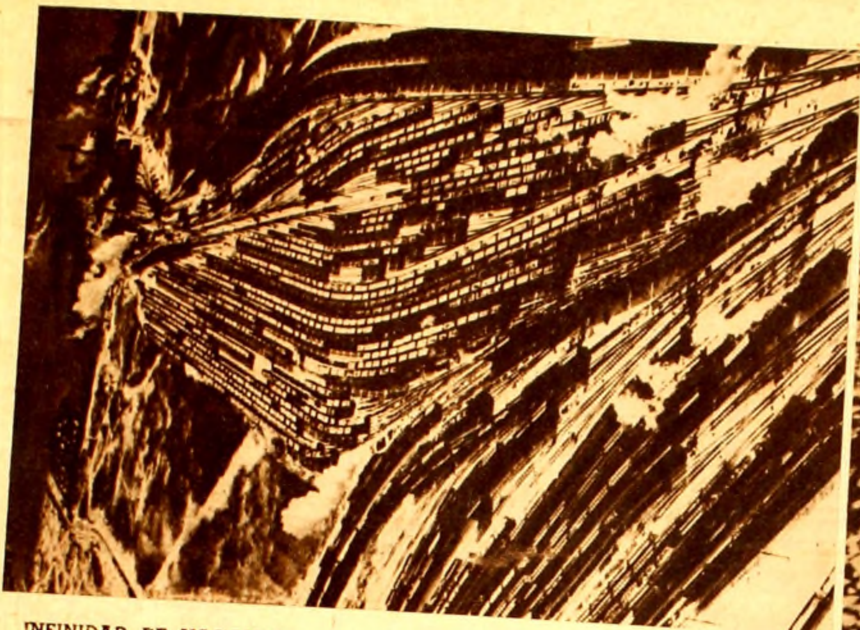
A. S. BARRATT, Mariscal de la aviación británica, acaba de ser designado jefe de las fuerzas aéreas inglesas en Francia. — (Foto S. F. de P.)



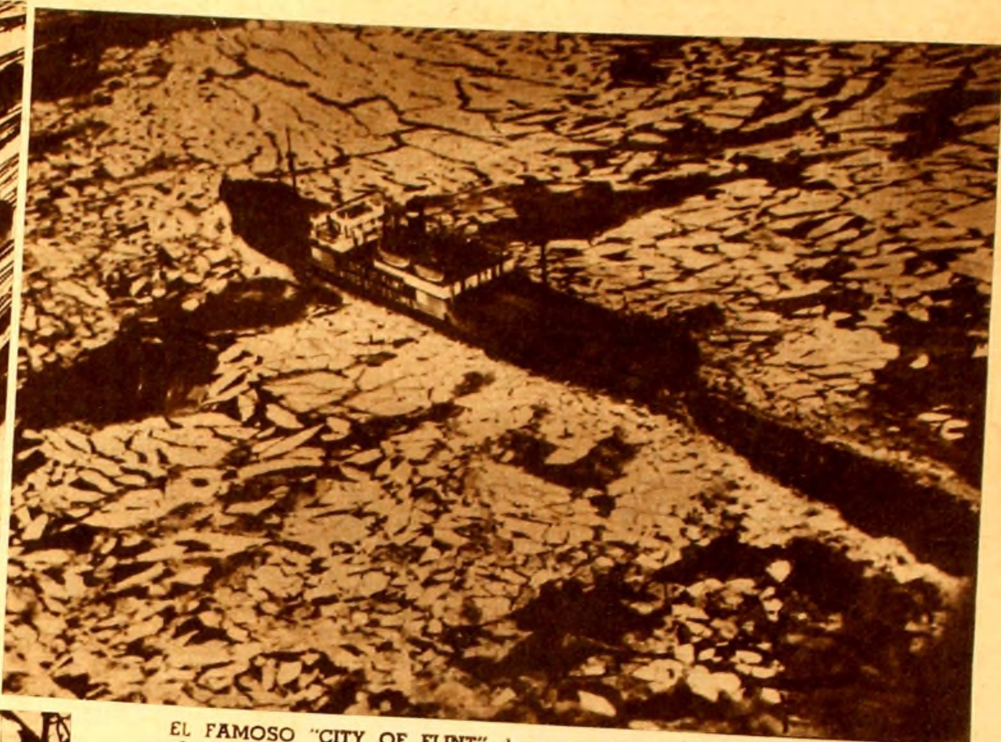
EL PRIMER CONSEJO NACIONAL POLACO se ha reunido en la Embajada de Polonia en París, bajo la presidencia del ilustre Paderewski, ex-Presidente de la República Polaca. Vista del Consejo, durante la primera sesión. (Foto S. F. de P.).



LA FIESTA DE AID EL KHEBIR, que conmemora el sacrificio de Abraham, fué como todos los años, celebrada en la Mezquita, de París. Sir Kaddour ben Ghabrit, director del Instituto Musulmán, recibió a numerosas personalidades francesas y musulmanas, y a los miembros del Cuerpo Diplomático. Esta nota muestra a algunas tropas musulmanas saliendo de la Mezquita, calzándose; pues es sabido que antes de entrar en ella deben sacarse el calzado. (Foto S. F. de P.).



INFINIDAD DE VAGONES cargados de carbón han quedado detenidos en el puerto de Nueva York, debido a una huelga obrera, para cuya solución intervino el alcalde de la ciudad La Guardia, y el Secretario de Trabajo, Eduardo F. Mac Grady.



EL FAMOSO "CITY OF FLINT", buque norteamericano que fué presa de los alemanes, siendo liberado luego en Suecia, regresa a los Estados Unidos, apareciendo en esta nota a su entrada al puerto de Chesapeake, cuya bahía está helada, en viaje a Baltimore en cuyo puerto terminó su viaje accidentado. Este buque navega con una tripulación de 40 hombres.



PAISAJE DEL FRENTE FRANCES, fotografía tomada en un crepúsculo. La vasta llanura, erizada de alambres de púa, está totalmente helada, y en el hielo reverbera el sol poniente.



LOS AVIADORES BRITANICOS hicieron un vuelo directo sobre Viena y Praga, como demostración de potencialidad de sus aparatos, lanzando panfletos de propaganda sobre los territorios húngaro y checoeslovaco. Aparece en la nota en el momento en que cargaban los panfletos.



LOS NAUFRAGOS DEL "ORAZIO" fueron recogidos por un buque del patrullaje francés y conducidos a Marsella, en cuyo puerto fueron inmediatamente atendidos. En esta nota aparecen parte de los 47 pasajeros y tripulantes del buque italiano dejados en ese puerto. El resto de los salvados fueron llevados a Génova.



EL VAPOR "PRESIDENTE ADAM" después de un accidentado viaje alrededor del mundo, bajo el mando del capitán Gregory Cullen, amarrado en el puerto de Jersey City. Detenido por un crucero británico, le fueron decomisadas 700 toneladas de hilo de seda japonesa, consignadas a Suiza y destinadas a Alemania.

Interesante vista de la isla fortificada de Heligoland, tomada por los aviadores ingleses. Puede verse en el fondo las nuevas obras del puerto, y las mejoras realizadas en estos últimos años.



El "monje y su reclinatorio" se llaman a estas rocas.

HELIGOLAND

Heligoland, la isla rocosa del Mar del Norte, muro de la defensa de la marina de guerra de Alemania, fué cedida por los británicos el año 1890. Destruído los emplazamientos por el tratado de Versailles, y fortificada después con cañones de largo alcance, fué últimamente bombardeada, y hundidas algunas naves de guerra, por aviadores británicos, causándoles considebles daños.



La base de Heligoland, vista desde el mar.

Otro aspecto de la isla. Escena tranquila con los numerosos hoteles y residencias alrededor de la bahía.





Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

"PIEDAD PELIGROSA





















